

Psicología e Historia de la Psicología

C. Civera

Universitat de València

F. Tortosa

Universitat de València

J. A. Vera

Universidad de Murcia

2.1. Psicología o ¿Psicologías?

Un problema fundamental hoy día cuando uno se aproxima a cualquier Ciencia, es el de la división “del saber” y “del trabajo” en compartimentos estancos, con el consiguiente aislamiento y abandono a los recursos propios, que produce, en el mejor de los casos, un destacable empobrecimiento y provincialismo científico y cultural. El problema se agudiza como consecuencia del crecimiento acelerado de conocimientos más y más especializados, y de la adecuación de los *curricula* a una temprana especialización, como si la Psicología fuera cada vez menos un conjunto en cierta medida disjunto de conocimientos científico-técnicos, y más un racimo de ámbitos con poca o ninguna comunicación entre sí. Parece como si el paso de la “pequeña” a la “gran” Ciencia

psicológica hubiera desembocado en el triunfo de lo concreto sobre lo general, de lo específico sobre lo global, hubiera dirigido al científico exclusivamente hacia aquello que le es propio, con absoluto desprecio del resto, le hubiera empujado a conformarse con una visión lo más actual posible de su ámbito de especialización en detrimento de la necesaria visión de conjunto.

“Si bien no cabe duda de que hoy existe una tendencia a la unificación (en las hipótesis explicativas de la Psicología) (...) sin embargo no deja de ser cierto que dicha unificación es un programa de cara al futuro, más que una realidad y que en múltiples sectores de nuestro dominio de estudio todavía se encuentra un amplio surtido de interpretaciones”, y la razón de esto está en “la diversidad de modelos posibles, ya que la vida mental tiene su origen en la vida orgánica, se desarrolla en la vida social y se manifiesta por medio de estructuras múltiples (lógica, psicolingüística, etc.); de ahí que exista una gran diversidad de modelos según dominen los ensayos reduccionistas de carácter organicista, fisicalista, sociológico, los intentos de alcanzar la especificidad psicológica en las transformaciones del instinto en dialéctica con el yo, en las manifestaciones del comportamiento, o en el desarrollo en general, el todo bajo formas más o menos concretas u orientadas hacia modelos abstractos.” (Piaget, 1973).

Esta brutal súper especialización incluso lleva a perder el necesario contacto con el núcleo básico del conocimiento existente, y, cada vez en mayor proporción, ni siquiera se puede llegar a dominar totalmente el área del propio trabajo, lo que ha obligado, incluso por imperativo legal, a los científicos a escindirse en departamentos y áreas de conocimiento, sociedades, revistas, sistemas de promoción, congresos más y más específicos, que se ocupan de un limitado dominio, ignorando el resto. Tampoco ayuda en nada el hecho de que el psicólogo se mueve, frecuentemente, entre niveles muy dispares, que van desde la proximidad a la biología y la farmacología hasta la técnica de encuestas o marketing pasando por toda la gama de psicoterapias de las pulsiones inconscientes, todo lo cual añade confusión y ambigüedad a su figura.

La situación de la Ciencia psicológica conlleva un grave peligro, el de su posible enajenamiento, el que se vuelva extraña a sí misma, que olvide el conjunto nuclear de cuestiones que dan sentido y justificación a su existencia, y las especiales características de su sujeto/objeto de estudio, un sujeto complejo epistemológicamente, con una insoluble dimensión histórico-social, que impide un tratamiento del mismo idéntico al que las Ciencias radicalmente positivas realizan con el suyo.

“La Psicología es hoy una Ciencia *pletórica, frustrante y desunida*. Es, desde luego y en primer lugar, *pletórica*. Los psicólogos y las investigaciones y prácticas psicológicas crecen sin cesar y aceleradamente (...) La Psicología es también *frustrante*. Suele acontecer, aunque no siempre, que, cuanto más precisa es una investigación, tanto más limitados y triviales son sus resultados, y a la inversa, cuanto más importante es el asunto, más dudosa y polémica es la teoría, la técnica o la interpretación de los resultados (...) la mayor frustración proviene de que la Psicología se muestra como una Ciencia *dividida* en una multiplicidad de áreas y enfoques inconexos y, lo que es peor, en una diversidad dispar de escuelas que discrepan o se oponen en sus modos de concebir el objeto de su Ciencia, el tipo de cuestiones que formulan, los fenómenos a que atienden y las maneras de intervenir en el estudio y solución de los problemas prácticos” (Yela, 1989, 71-72).

La Psicología continúa hoy moviéndose, como desde sus inicios, a lo largo de un continuo que tiene en un extremo las Ciencias del espíritu, y en el otro a las Ciencias de la naturaleza, pasando por adscripciones a las Ciencias sociales, culturales, históricas o humanísticas, de la salud o el comportamiento. En ese continuo caben muchas cosas. La Psicología actual muestra dimensiones de orientación ideográfica, clínica, cultural y humanística, pero también otras de tipo nomotético, experimental, cuantitativo y naturalista, manifestándose ambas perspectivas en la mayor parte de la investigación y la teorización, pero recurriendo usualmente a la verificación empírica como prueba final de cuanto se realiza y afirma.

Todo ese pluralismo es frecuentemente vivido por un número creciente de psicólogos como “falta de unidad”. Una situación que, desde hace años, viene siendo denunciada por Koch (1959, 1974, 1981): hay que terminar por reconocer “la falta de cohesión de la Psicología”, y reemplazar ‘Psicología’ por otra “expresión como la de estudios psicológicos” (Koch, 1992, 93). Incluye un amplio rango de estudios sobre la actividad humana y la experiencia. Con métodos flexibles, con diferentes esquemas conceptuales o paradigmas, aborda el conocimiento de los acontecimientos psicológicos, que son para Koch hechos sometidos a determinación múltiple, de sentido ambiguo, polimorfos, contextualizados en una circunstancia o encajados de varios modos complejos y vagamente limitados, lábiles en extremo (Koch, 1981).

Royce hablaba del carácter “*multi*” (multiconceptual, multiparadigmático, multiestratificado) de la Psicología, y proponía precisamente partir de la aceptación de esa condición (Royce, 1976). Cada vez está más claro, decía, para un creciente número de psicólogos que la Psicología es una Ciencia moderna des-unificada (Staats, 1983, 1987). La pluralidad denunciada por estos autores viene constituyendo una perenne raíz de discusión dentro del campo de la teoría psicológica, hasta el punto de que algunos incluso consideran que la presunta unidad de la Psicología podría ser un subterfugio o una presunción que poco o nada tiene que ver con la realidad.

“Después de un centenar de años de exuberante crecimiento, la Psicología ha logrado una condición tan fragmentada y tan ramificada que hace imposible que dos personas cualesquiera lleguen a ponerse de acuerdo respecto de su ‘arquitectura’. Incluso si una arquitectura pudiera llegar a ser fidedignamente percibida, sería muy dudoso que todas sus subestructuras pudiesen ser consignadas en cualquier estudio único que tuviese una oportunidad de ser completo antes del comienzo del *tercer* siglo de la Psicología. Cambiando la imagen, la Psicología contemporánea es totalmente similar a un desordenado rompecabezas que carece de ‘figura oculta’” (Koch y Leary, 1985, 2).

Esta situación de fragmentación y superespecialización, de disgregación para muchos, fruto de la compleja dialéctica entre su diversidad y su pretensión de unidad o entre tendencias centrífugas que empujan hacia una radical diversidad (fruto de la progresiva y creciente tibetización entre planteamientos, áreas... y de la, en ocasiones, irreductibilidad metodológica), y tendencias centrípetas que empujan hacia la unificación (fruto de la presión por definir un objeto inclusivo y por justificar la denominación de origen “Psicología”), ha vuelto a situar en primer plano el antiguo debate de *¿Psicología o Psicologías?*

La “Psicología no es Psicología clínica; no es Psicología fisiológica; no es Psicología social, ni comparativa, ni del desarrollo, ni Psicología experimental humana. Es algo más (...)” (Hebb, 1974).

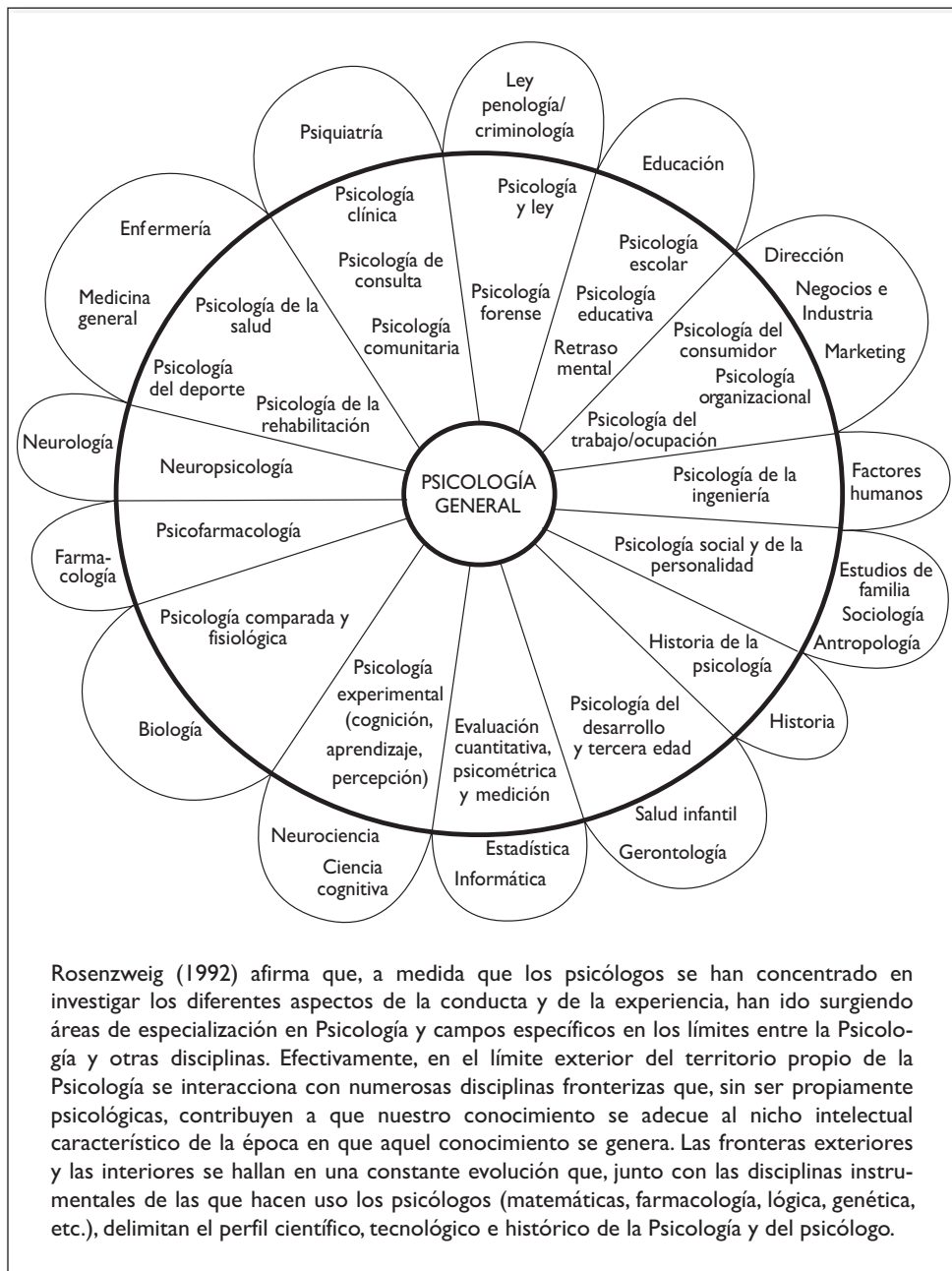


Figura 2.1. Principales campos de la Psicología y sus relaciones con otras disciplinas

Nosotros, y muchos más, compartimos el desideratum de que *la unidad de la Ciencia psicológica no sólo es deseable, sino también posible*.

El intento de fundamentar este deseo se ha apoyado en tres enfoques diferentes.

1. Pragmático. Perspectiva que diluiría el problema, ya que reduce la Psicología a lo que hacen los titulados en Psicología. Se trata de un enfoque meramente descriptivo que no aporta mucha más

información que largos catálogos de actividades, siempre insatisfactorios por insuficientes e incompletos.

2. Sistemático. Se parte de una teoría previa (por ejemplo, la teoría de sistemas), que permita situar las diferentes propuestas psicológicas dentro de una red compleja, en la que co-existan (unidad) varios (diversidad) planos, niveles de complejidad o dimensiones de análisis de los problemas (teoría), las divisiones del trabajo psicológico (perfiles profesionales) y una pluralidad de enfoques metodológicos (métodos) (véase, por ejemplo, Mayor, 1980; Mayor y Pérez-Ríos, 1989). Dentro de este enfoque, resulta necesario definir tanto la variedad interna de áreas de especialización y sus relaciones, como las posibilidades de relación con otras disciplinas o áreas científicas (por ejemplo, Royce, 1975; Matarazzo, 1987).
3. Histórico. Con métodos formalmente históricos reconstruye el proceso que lleva a la *pletórica* Psicología actual en su integridad (como conocimiento, organización del conocimiento y aplicación competente del conocimiento a problemas y áreas –profesión–). El devenir disciplinar permite subsumir rasgos característicos de su objeto, como la diversidad, la contingencia, la temporalidad, el dinamismo, la direccionalidad, el cambio... Creemos que la opción central es la histórica ya que es capaz de ofrecer una reconstrucción comprensiva que explique la integración (longitudinal y transversal) de la diversidad en una unidad dinámica.

Aunque ha habido intentos desde las tres ópticas, nos parecen las más rigurosas las dos últimas, por cierto en muchas ocasiones vinculadas estrechamente entre sí.

Watson (1965, 1967, 1971, 1975, 1978, 1980) partía de unos principios de sistematización, sobre todo frente al contenido y los métodos de estudiar los problemas psicológicos, que denominaba prescripciones y definía como “actitudes tomadas por las personas hacia el contenido y los métodos de estudiar los problemas psicológicos, que aunque cambian en una especificable variedad de formas manifiestan similitudes a lo largo de extensos períodos de tiempo” (Watson, 1979).

Las prescripciones suministran unos principios de sistematización que “se caracterizan por su carácter contrapuesto manifestado en la dominancia y contradominancia, por su naturaleza tanto implícita como explícita, por su carácter conceptual basado filosóficamente, por su naturaleza metodológica con raíces en otras Ciencias, por su presencia en otros campos, por su interrelación con las escuelas de Psicología (algunas sobresalientes y otras no), por un conflicto entre prescripciones, a nivel racional, y una participación de las mismas en el *Zeitgeist*” (Watson, 1967).

Pretendía identificar mediante tales dimensiones los presupuestos básicos respecto a los cuales los principales teóricos de la Psicología habrían coincidido o diferido a lo largo del tiempo y definían el *núcleo duro* de la disciplina como Ciencia en cualquier espacio y tiempo histórico: Mentalismo Consciente frente a Mentalismo Inconsciente; Objetivismo de Contenidos frente a Subjetivismo de Contenidos; Determinismo frente a Indeterminismo; Empirismo frente a Racionalismo; Funcionalismo frente a Estructuralismo; Inductivismo frente a Deductivismo; Mecanicismo frente a Vitalismo; Objetivismo Metodológico frente a Subjetivismo Metodológico; Molecularidad frente a Molaridad; Monismo frente a Dualismo; Naturalismo frente a Supranaturalismo; Orientación Nomotética frente a Orientación Ideográfica; Periferalismo frente a Centralismo; Purismo frente a Utilitarismo; Cuantitativismo frente a Cualitativismo; Racionalismo frente a Irracionalismo; Sincronía frente a Diacronía; Estático frente a Dinámico.

“Cuando deseamos destacar el patrón de prescripciones dominante (en un período temporal y zona geográfica dada) que tienen un efecto acumulativo masivo, hacemos referencia al *Zeitgeist*. El *Zeitgeist* en sí mismo se encuentra vacío de contenido hasta que describimos lo que asignamos a ese *Zeitgeist* concreto. Los factores que entran en la configuración del *Zeitgeist* incluyen el conjunto de prescripciones dominantes en ese momento. Por lo tanto, el *Zeitgeist* y las prescripciones pueden considerarse complementarios. Una de las facetas más desconcertantes de la teoría del *Zeitgeist* es justamente explicar cómo se dan reacciones diferentes al mismo clima de opinión. El enfoque prescriptivo puede ayudarnos a entender esta situación (...) Puesto que la Psicología parece carecer de un paradigma unificador, ¿qué ocupa su lugar? (...) se puede considerar que como Ciencia funciona guiada por las prescripciones.” (Watson, 1967).

En una línea similar, pero intentando ser más objetivo, apareció el modelo dimensional-factorial de Coan (1968, 1979), que trató de determinar tanto en su dimensión sincrónica como diacrónica, las

“tendencias básicas subyacentes en la teoría psicológica”, utilizando para ello la factorización de una serie de datos cuantitativos. Con el propósito de determinar la fuerza, duración e interacción de las principales dimensiones teóricas presentes en la Psicología, utilizó como procedimiento la aplicación de la técnica de análisis factorial a las evaluaciones (en una escala de cinco puntos) que un grupo de 232 expertos en Historia de la Psicología había realizado sobre 34 variables (agrupadas en 4 categorías dependiendo de si estaban relacionadas con un énfasis en el contenido, en el método, en supuestos básicos, o en el modo de conceptualización), definitorias de todos los aspectos básicos importantes de la teoría psicológica de los 54 psicólogos más importantes para la Psicología, activos entre 1880 y 1950 (rango establecido por Coan y Zagana, 1962).

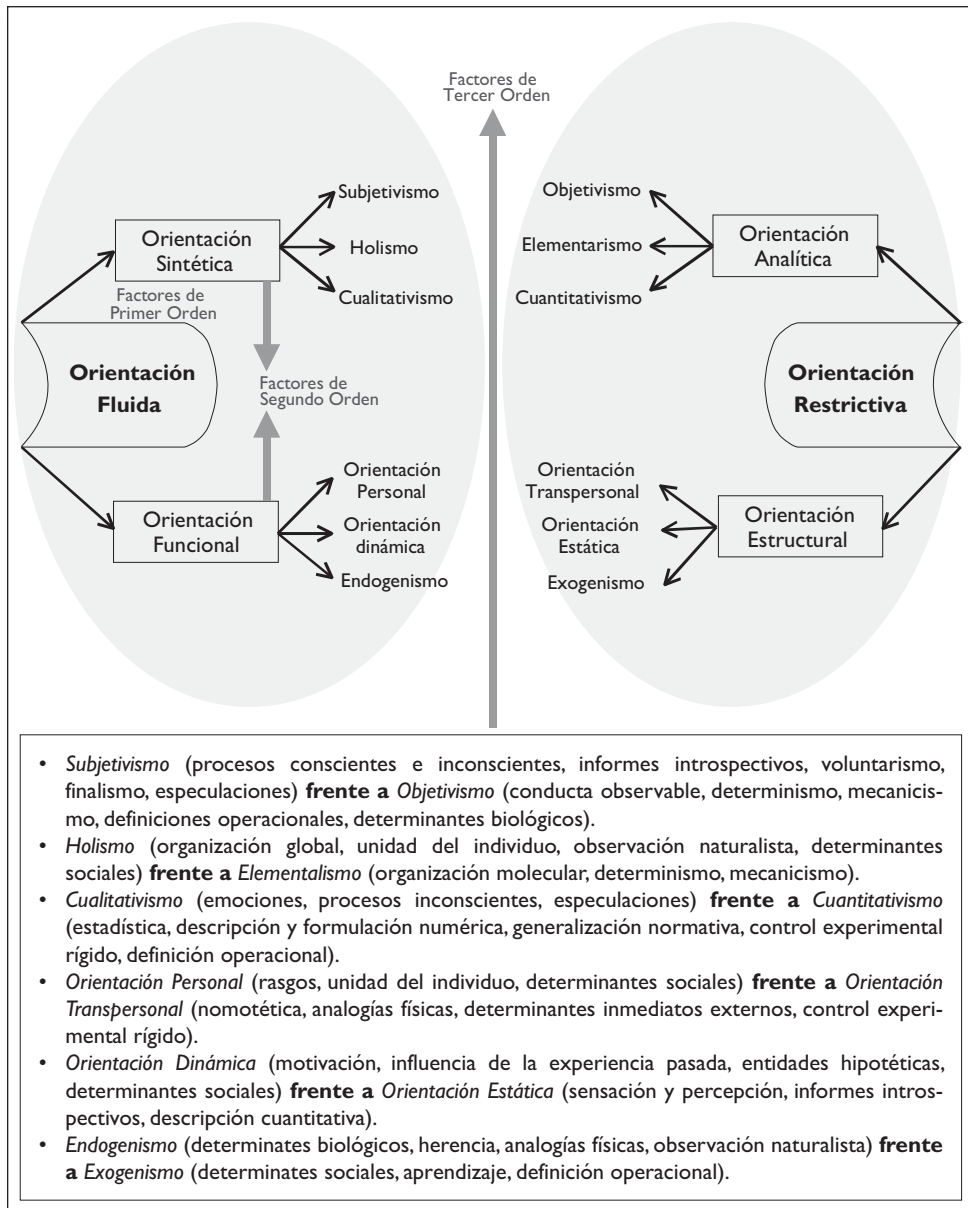


Figura 2.2. Esquema de la jerarquía de variables teóricas en Psicología

Fuente: Coan, 1968, 241

Herrmann (1979) enfatizaba que si hubiera que buscar la unidad subyacente a la Psicología, tanto longitudinal como transversalmente, habría que hacerlo respecto del método y no con referencia al objeto de estudio, mucho más ligado al *Zeitgeist* y al *Orthgeist*. En torno a esa metodolatría se centra universalmente la identidad de la Psicología contemporánea. “En esto no hay diferencias ni geográficas, ni politicosociales, ni culturales. Así lo atestiguan revistas, textos, manuales, [curricula titularizadores], congresos y cátedras universitarias. Así lo reconocen instituciones sociales de naturaleza cultural, científica, administrativa y política” (Caparrós, 1984, 15).

Yela afirmaba que para que la *unidad de la Ciencia psicológica* se dé hay que aceptar una definición de la Psicología que la haga ocuparse de “fenómenos como sentir, percibir, emocionarse, desear, querer y pensar (...) esos fenómenos han sido siempre el objeto de estudio de los psicólogos, incluso de aquellos que intentan prescindir de esos términos o denegar sus referentes”. Y que la entiende como un “sistema de conocimientos que, *en última instancia*, se basa en la comprobación empírica y experimental, pública y repetida”, y matiza, otros “métodos podrán conducir a conocimientos psicológicos, no a la Ciencia psicológica” (Yela, 1989, 76). La aplicación (directa o indirecta) de una metodología científica a los fenómenos de la experiencia y el comportamiento de la persona posibilita que una Ciencia estudie la zona de realidad que hemos llamado “lo psicológico” (funciones mentales –sentir, percibir, emocionarse, pensar...–, contenidos y acciones significativas). Sería, eso sí, una “*unidad en la diversidad*.” (Yela, 1989, 87).

“Este desarrollo histórico apunta, entre incontables ensayos y errores, hacia una Ciencia psicológica unificada, con un objeto: la *conducta*, y un método: la *comprobación empírica y experimental en la conducta observable del sujeto* (...) La conducta humana es *acción significativa en el mundo*. Significativa para el sujeto, es decir, *subjetiva y mental*. En el mundo espacio-temporal, es decir, *físicamente real*. La conducta como acción es a la vez un hecho psicofísico y un suceso con sentido. Los fenómenos *conscientes, subjetivos y mentales* son característicos de la *acción significativa*, que es físicamente real. Los fenómenos *físicos, orgánicos y fisiológicos* son característicos de la *acción física*, que es realmente significativa.” (Yela, 1989, 76-77). Esta concepción permite conjugar, para Yela, la básica dualidad entre datos de la experiencia privada y datos de la conducta pública, dualidad que abre el camino a “dos enfoques *diferentes, pero compatibles y complementarios*. Porque los dos se refieren a una y la *misma* realidad: la conducta. Y los dos pueden adoptar, desde diferentes perspectivas y mediante distintas técnicas iniciales e intermedias, una metodología finalmente común: la comprobación de sus enunciados, o de las implicaciones de sus enunciados, en la conducta observable, considerada como acción significativa del sujeto vivo (Yela, 1989, 77).

Richelle (2001) señalaba, en esta misma línea, que las posibilidades de integración en la Ciencia psicológica se centran en varios aspectos: 1. Integración geográfica e histórica. 2. Integración entre lo básico y lo aplicado. 3. Integración de los planteamientos teóricos. 4. Integración de las aproximaciones metodológicas. 5. Integración entre los niveles biológico e histórico-cultural. 6. Integración a nivel epistemológico. 7. Integración en la formación científica y profesional. Integraciones que en la historia se pueden apreciar.

De hecho, existe una general coincidencia en que la *vía regia* para mostrar la existencia de una unidad subyacente lo ofrece la “Historia de la Psicología (...) muestra con evidencia insoslayable la unidad genética que liga las diferentes concepciones y escuelas psicológicas. Éstas, como en el caso de otras doctrinas e ideologías en las Ciencias sociales, se han ido constituyendo en forma de opciones plurales a través de un ‘sistema de alteridad’ (Marías, 1992). Las doctrinas psicológicas, en efecto, se van fundando unas con otras, y a la vez se van oponiendo a través de una dialéctica efectiva” (Carpintero, 2003, 40). La narración histórica dota de sentido la *aparente* falta de consenso que parece caracterizar la Psicología, y ayuda a comprender sus tensiones esenciales (p.e. academia frente a profesión, conciencia frente a inconsciente, explicación frente a comprensión, atomismo frente a holismo, estructura frente a función, conducta frente a experiencia...) a la hora de establecer los atributos esenciales de nuestra Ciencia. Una Historia de la Psicología, atenta a destacar las dimensiones de integración contingentes a espacios y tiempos históricos (sincrónica y diacrónicamente), puede, sin duda, dar sentido y significado (unidad) a lo que parece un campo de desconcertante y desesperante

diversidad y fragmentación. Dirigir la vista hacia la historia puede ayudar a construir un cierto marco unitario dentro del que puedan encuadrarse las distintas piezas, métodos, conceptos, teorías, etc., que componen ese rompecabezas en que se ha convertido la Psicología actual. Existe una unidad genética que liga las diferentes concepciones y modelos psicológicos, nada viene de la nada.

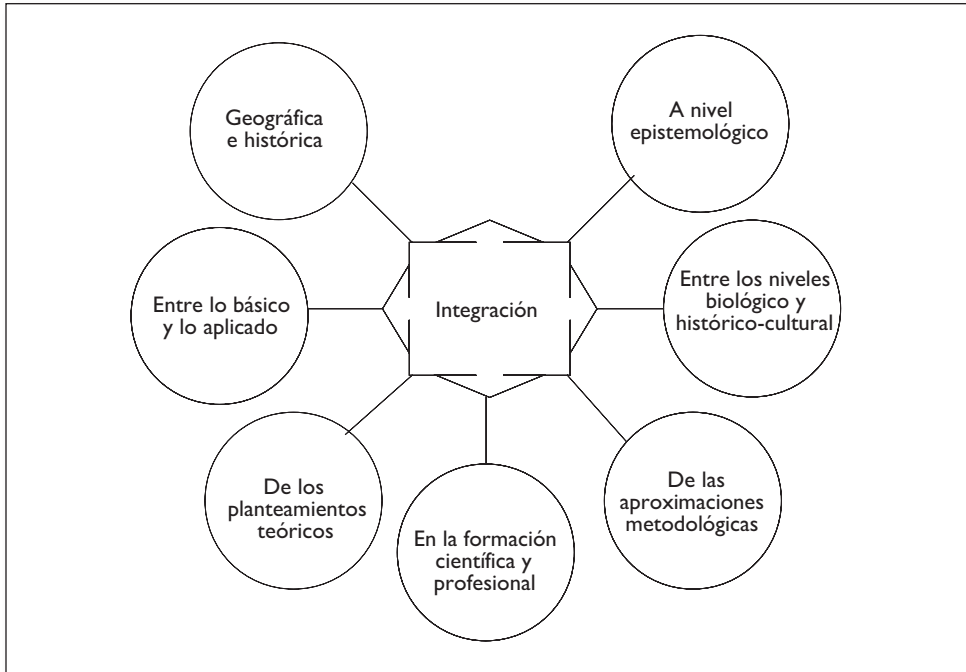


Figura 2.3. Posibilidades de integración en la Ciencia psicológica

Fuente: Richelle, 2000

2.2. Una aproximación al contenido (uno y trino) de la Historia de la Psicología

La Historia de la Psicología es un área de especialización que, mediante el empleo de un método científico, el histórico, trata de explicar por retrodicción el proceso de construcción con sus transformaciones y cambios, experimentado por la Psicología, entendida como disciplina, a lo largo del tiempo.

La *Psicología*, como práctica científica disciplinada y autónoma, constituye el objeto material de *nuestra* Historia de la Psicología. Este tipo de conocimiento psicológico, producido y sostenido por un conjunto organizado de investigadores y aplicado por un colectivo de expertos profesionales, ha evolucionado en forma distinta, a lo largo del tiempo, según áreas político-lingüísticas.

Para explicar ese proceso de transformación y cambio experimentado por la Psicología como disciplina durante los últimos siglos, quien historia trabaja *también* de modo disciplinado. Su *tarea* es *materialmente psicológica* pero *formalmente histórica*. Intenta *explicar* por qué la Ciencia psicológica actual ha adoptado la forma que hoy tiene. Puede (y debe) reconstruir su objeto material (la “Psicología”) en el tiempo fechado, aprovechándose de los procedimientos cognoscitivos que se han generado en el marco de la historia de las Ciencias. Por ello, la historiadora o el historiador debe someterse a las prescripciones metodológicas dictadas por la Historia General (normalmente socialización secundaria), incluyéndose así en la casa común de las Ciencias históricas, pero también, no lo olvidemos, debe someterse a las reglas propias de la Psicología (normalmente socialización primaria).

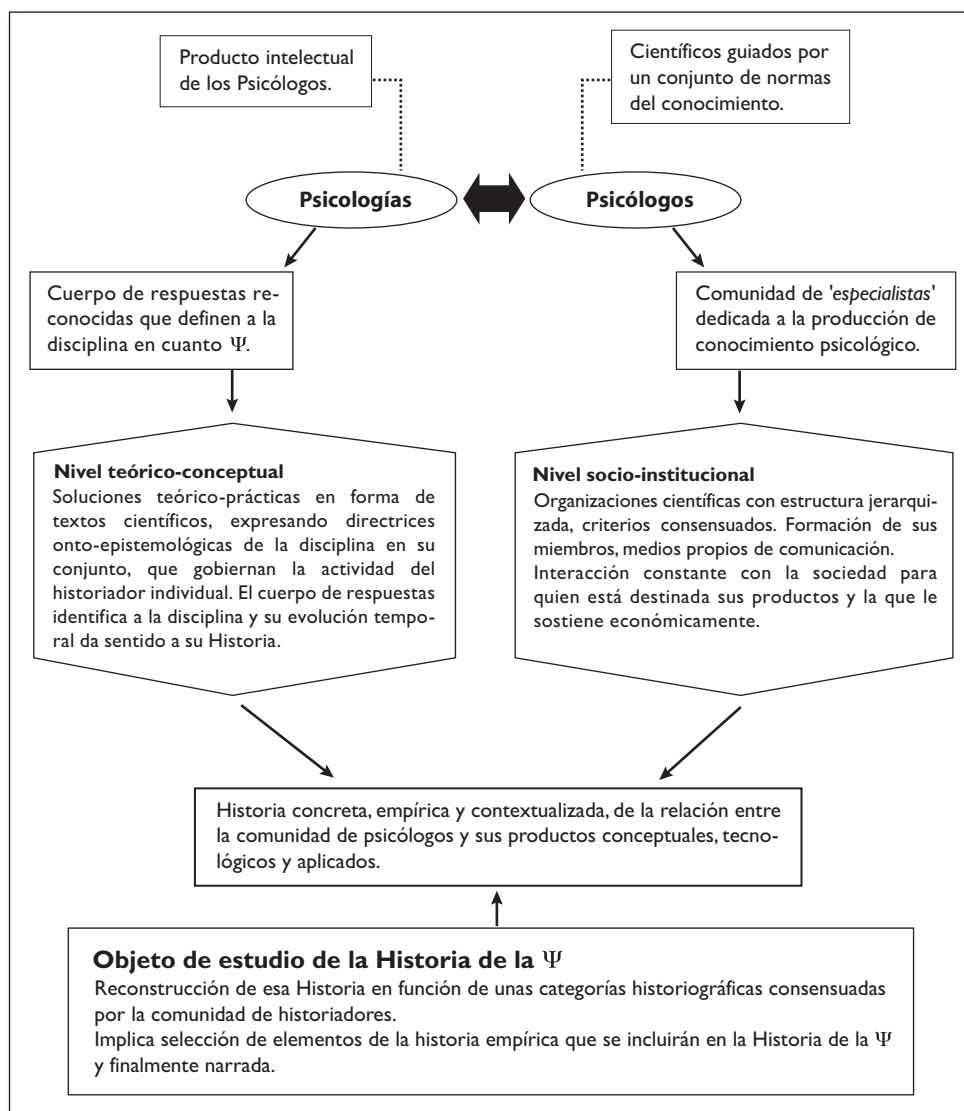


Figura 2.4. La Psicología como disciplina, objeto de estudio de la Historia de la Psicología

Quien historia *re-construye* desde su presente y desde su nivel de conocimiento. Selecciona datos y sobre ellos construye hechos, labor que practica desde el bagaje adquirido (socialización primaria y secundaria). Nunca se construye un relato, y menos el histórico, desde un lugar intelectual sin supuestos. La imagen angélica del científico por encima de su circunstancia vital y profesional, sin supuestos, guiado sólo por un *ethos* parece alejada de la realidad.

La concepción actual de la disciplina “Psicología” es un fruto más de aquella Ilustración que abrió la puerta a una modernidad que ha configurado nuestro hoy, una modernidad cuestionada pero todavía no sustituida. Nadie duda que hubo ideas psicológicas desde los albores del tiempo humano fechado, pero sólo desde la segunda mitad del siglo XIX algunas personas comenzaron a tomar conciencia de sí mismos como una comunidad de expertos diferenciada. Pronto consiguieron, formando a veces

extrañas alianzas de oportunidad, conformarse como una práctica científica-tecnológica disciplinada (curricularmente definida), que, paulatinamente, fue haciéndose un hueco en los mercados de títulos (mundo universitario) y profesiones (mundo laboral), merced a sus atinadas respuestas ante demandas sociales y personales concretas, y a la creación de instituciones y canales de comunicación y participación pertinentes para preservar su distinción.

Los psicólogos cobraron autonomía cuando lograron convertir una actividad amateur en práctica *disciplinada y profesional*, con conocimiento y gestión institucional de la misma, con programas de investigación en ambientes controlados (laboratorios), y una tecnología orientada a la medida y el cambio conductual, la psicotecnia. Por eso, cuando hoy hablamos de Psicología inmediatamente se activan ciertas referencias asociadas al término, que hacen que el significado que tiene para nosotros y el que tuvo para un erudito del siglo XI d. C. o del IV a. d. C. sea bien distinto.

Cada estudiante actual, para titularse en “Psicología”, se ha de acreditar competente ante su comunidad disciplinar, ha de demostrar que ha asimilado el patrimonio conceptual y material suficiente con el que proyectarse sobre su mundo problemático. Se certifica, en definitiva, que ha hecho suyas las estrategias cognitivas y las tecnologías de su comunidad de referencia. Adquiere y asume, más o menos conscientemente, unos supuestos ontológicos, metodológicos, deontológicos y epistemológicos, que pertenecen a la disciplina en su conjunto. Supuestos que interioriza fruto de un estricto proceso de socialización académica (formación curricular y de postgrado), y que prescriben su trabajo posterior. Pero esos *pre*-supuestos, que gobiernan la actividad del psicólogo o la psicóloga particular en un momento histórico concreto, no son sino el resultado de un largo proceso de negociaciones históricamente condicionadas, *son construcciones cambiantes*, contingentes a espacios y tiempos históricos concretos, dentro de lo que sería una versión débil del relativismo. Por consiguiente, para hablar con propiedad de lo que *es* la Psicología, necesitamos ineludiblemente hacer referencia a entornos concretos. Debemos responder no sólo a los “qué” y “cómo”, sino también a los “cuando” y “donde”. Todo está definido históricamente; todo es contingente, aunque nunca arbitrario.

Desde esta óptica, aceptamos que el conocimiento psicológico (conjunto de respuestas más generalmente consensuado), producido y sostenido por un conjunto organizado (institución) de investigadores y profesionales, evolucionó en forma distinta, a lo largo del tiempo, según áreas geopolítico-lingüísticas. Cada uno de estos desarrollos contingentes generaron lo que, en un sentido muy literal, podríamos considerar *unas* “historias regionales”, pero también puede dar lugar, combinando sincronías y diacronías, a un intento de “historia general” de la disciplina, un *esbozo de Historia* de la *Psicología* claramente diferenciable de la historia de cualquier otra disciplina de conocimiento.

2.3. Criterios para la posible estructura didáctica de una Historia de la Psicología

El referente del discurso científico-técnico de la Psicología y de sus diferentes perfiles profesionales es el ser humano. La concepción de sujeto/objeto de conocimiento y el modo de abordar, científicamente, la explicación de sus dimensiones y actuaciones, o modificar, éticamente (de acuerdo con un código deontológico), aspectos (social o individualmente) indeseables o lesivos, constituye el núcleo básico de eso que suele llamarse el conocimiento de “lo psicológico”. Objeto o sujeto son términos igualmente válidos para identificar el referente de la actuación de quienes practican la Psicología. El ser humano es, en definitiva, la piedra miliar sobre la que descansa el edificio de la Psicología.

Ese ser humano concreto que se va definiendo en un cuádruple proceso: el biológico, el ideológico o mental, el cultural y el genético o temporal (de abajo arriba, de arriba abajo, de dentro afuera y longitudinal o históricamente). La multiplicidad de contextos en que aprende y actúa permite definir “objetos” de estudio más concretos. Según donde se sitúe el énfasis tendremos un tipo de re-construcción u otra.

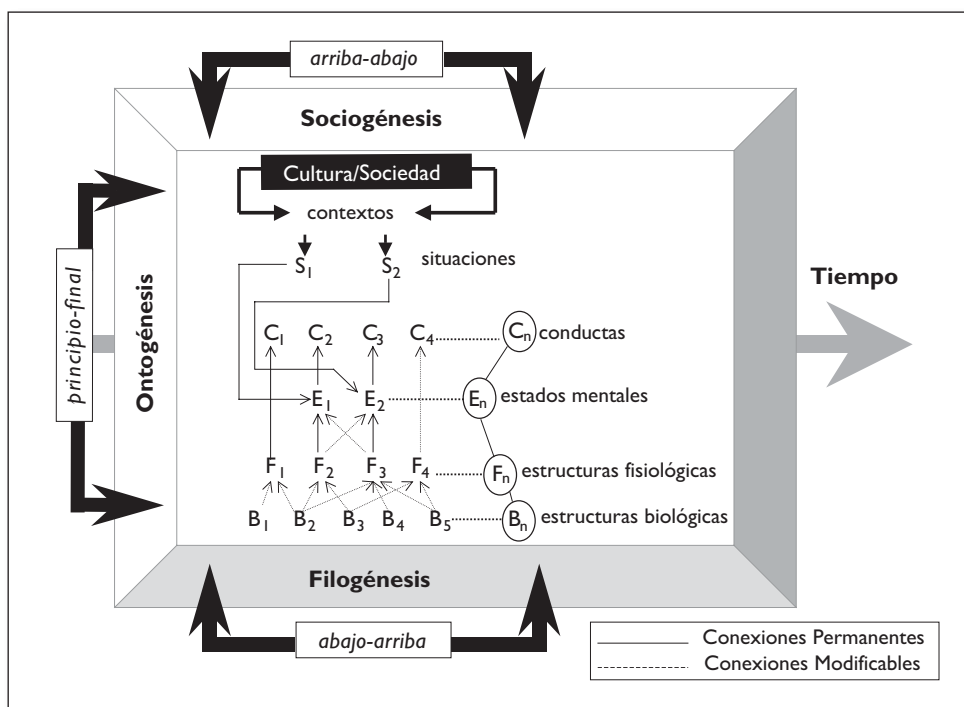


Figura 2.5. Esquema representativo de los procesos que co-actúan en la definición de una persona

Una historia general de ese sujeto/objeto, del que pueden predicarse tantas cosas, parece realmente inviable en la práctica. Y, en cambio, a la Historia de la Psicología, como materia curricular concreta, se le pide, precisamente, un discurso general. Y el historiador lo ofrece, además, cada curso académico, cuando se aprueba primero, y explica después, un programa, y cuando se selecciona (o se elabora) un material, que el estudiante debe conocer para ser evaluado. Se construyen, pues, esas interpretaciones globales del devenir de la Psicología, recurriendo para ello a algún/os criterio/s estructurador/es de la narración, y aquí desde luego cabe toda una amplísima, y legítima, gama de opciones. Nuestra posición es la de mostrarnos sumamente comprehensivos en relación con la noción de lo *psicológico*. Sólo así se puede dar cabida en la reconstrucción histórica a las variadas formulas que se han propuesto para definir a la Psicología en diferentes escenarios geográficos y temporales.

La persona no es un ser vivo que responde pasiva y mecánicamente ante estímulos del entorno en términos de su nivel aptitudinal. Es una *entidad bio-psico-histórico-socio-moral*. Son seres habitualmente conscientes y propositivos, creativos, intérpretes de situaciones, locuentes y simbolizadores, que cambian con el tiempo, y que actúan según normas y valores (no siempre explícitos), que construyen *sus* situaciones y las dotan de valor. No basta con estar en óptimas condiciones físicas, ni con tener un nivel intelectual al menos medio, ni con poseer unas destrezas psicomotoras envidiables, ni con tener una gran memoria, la interacción adaptativa con los contextos requiere del apropiado equilibrio y uso auto-controlado de todo ello, algo que sólo propicia un psiquismo sin factores disposicionales o transitorios adversos o sin patologías.

Según el referente (estados mentales, conductas, estructuras fisiológicas y/o biológicas, filogénesis, ontogénesis, sociogénesis) donde se sitúe el énfasis para explicar el proceso de convertirse en persona y su acción significativa, se podrá plantear un tipo básico de explicación y de teoría u otro. Y

esto es así porque esas diferencias de énfasis o perspectiva entrañan también opciones ontológicas y epistemológicas a veces muy diferentes, en ocasiones complementarias y en otras excluyentes. Son, en definitiva, puntos de referencia básicos en la delimitación conceptual, tanto del objeto y método de la Psicología, como de la propia disciplina como ámbito diferenciado del saber. Complementariamente, pueden servir para definir puntos de inflexión en la historia disciplinar.

Si el investigador se centra en el referente biológico decantará buena parte de sus esfuerzos a comprender y explicar *lo psicológico* a partir de su sustrato corporal, anatómico y fisiológico, lo que le orientará, en última instancia, hacia la “conducta”, animal y humana. Hará de la *conducta manifiesta del organismo* un dato imprescindible para sus tratados científicos. La *conducta*, ampliamente definida, puede, así, convertirse, en un elemento clave en torno al cual articular los diversos planteamientos dominantes en Psicología. *Unidades de análisis* básicas serán la *neurona* y el *reflejo*. Su posición filosófica con relación a los objetos de su investigación estará *naturalmente* inclinada hacia el *materialismo*, el *naturalismo*, el *reduccionismo* teórico -biologicista- y metodológico -hacia los *átomos de la conducta*- y su postura con relación a la explicación tenderá igualmente a sesgarse hacia la *causalidad eficiente* y la formulación de *enunciados legaliformes*. Explicarán la conducta en función de programas biológicos innatos o adquiridos a lo largo del tiempo.

Con el referente ideológico se identifica los esfuerzos por comprender y explicar lo psicológico en base a lo mental. Se habla de mente, de fenómenos y/o estados mentales, disposiciones y/o aptitudes mentales, contenidos y/o funciones mentales... Bajo cualquier denominación, también como alma, espíritu, experiencia (mediata frente a inmediata, consciente frente a inconsciente, dependiente frente a independiente), ha formado parte de la agenda psicológica desde sus inicios. Aunque muchos han hecho de la mente el objeto de estudio de la Psicología, la diversidad en definiciones y métodos aquí es notablemente mayor que la que nunca ha podido darse entre los grupos de psicólogos que toman como referente la conducta. La amplitud interpretativa de mente va desde la versión empírico-intencional realizada por Brentano, hasta las diversas aproximaciones de la Psicología Cognitiva actual, pasando por el inconsciente del Psicoanálisis freudiano y las conciencias definidas por los Wundt, Titchener, James, Mira, Janet, Mercier, Wertheimer, Ortega, Dilthey, Bartlett, etc. De un modo u otro lo mental ha sido referente obligado en los diversos sistemas psicológicos, que, o bien lo proponían con la denominación que fuera como objeto de estudio de la Psicología, o bien se referían a ella como algo que excluir, por innecesario, de la explicación psicológica. También aquí, el modo de referirse a la mente depende de la posición epistemológica y ontológica adoptada.

En el esquema aparecen también las *situaciones* como desencadenantes de la actividad mental y las conductas. Las situaciones no son otra cosa que agrupaciones estimulares que pertenecen a *contextos* más amplios (educativo, laboral, familiar, de relación social y/o afectiva, clínico, etc.), que a su vez están especificadas, de modo en ocasiones diferente, por las distintas *sociedades y culturas*. Es razonable pensar que estos elementos más holísticos son relevantes para la explicación psicológica ya que los mismos organismos, con un *software* y un *hardware* análogos, y ante los mismos *estímulos* o *informaciones* físicas, pueden entender y atribuir significados diferentes, incluso contrapuestos, y actuar en consecuencia. Las situaciones son referentes en la medida en que en la explicación psicológica se reconozca relevancia y se otorgue peso a la realidad, con relativa independencia de la naturaleza y grado de conciencia de dicha realidad y de la base biológica. Hablamos de sociogénesis para identificar este enfoque *top-down* de arriba hacia abajo porque se hace depender todo el peso explicativo de los determinantes socio-culturales.

Con la introducción de estos niveles están comprometidas muchas de las subdisciplinas de la Psicología que podríamos concebir como sus fronteras interiores: educativa, trabajo y organizaciones, clínica, social, etc.; sin olvidar a la Psicología evolutiva, según se ha intentado indicar con la *flecha temporal* que señala la evolución individual (psicogénesis y maduración) de este complejo organismo que es el ser vivo.

Más allá de sus interrelaciones e influencias recíprocas, nexos de unión y puntos de confluencia, cada uno de los referentes mencionados define una línea de desarrollo en cierto modo autónoma, que debiera conjugarse con las otras en toda reconstrucción histórica del devenir temporal de la Psicología en cuanto historia de ideas.

No obstante, pueden tomarse otros puntos de partida para pergeñar el bosquejo de una Historia de la Psicología. Uno de gran dramatismo, e indudable gancho didáctico, es atender como punto de partida a *la naturaleza de la mente*, problema auténticamente nodal de entre los interrogantes hacia los que se ha orientado la actuación de quienes hacen Psicología, y ante el cual, abierta o encubiertamente, toda teoría psicológica se pronuncia. Los psicólogos de todos los tiempos han hecho de la mente su terreno principal de reflexión y, por ello, se puede hablar de la Psicología como de una empresa intelectual que posee una dilatada trayectoria en el tiempo. Ya en el mundo clásico se estableció una *dialéctica* fundamental entre dos concepciones antagonistas de lo psíquico, que fueron adoptando formas y nombres distintos a lo largo de los siglos (monismo frente a dualismo, biologismo frente a logicismo, naturalismo frente a supranaturalismo). Estas posturas han sido *antitéticas*, tanto en su definición de lo que es la *realidad psicológica* (ontología), cuanto en los *métodos* para investigarla (epistemología), y, por tanto, han supuesto concepciones diferentes del sujeto/objeto de la Psicología (y del propio carácter de ésta como Ciencia o conocimiento) y del modo de estudiarlo, medirlo y/o modificarlo (método).

Las Ciencias más claramente orientadas hacia el mundo extenso cartesiano, de la mano de la razón ilustrada lograron unificar sus respuestas, solucionando su problema ontológico. Lo que debe estudiarse es la materia, desposeída de toda atribución anímica; es decir, eliminando de su condición cualquier referencia a conceptos como *voluntad*, *intención*, *propósito*, etc. (propios de la *mente*), siempre secundarios por no objetivos. Tampoco hubo grandes disputas respecto a la forma óptima en que podía ser apresada metodológicamente esa materia que afirmaban los científicos estudiar. *Lo que interesaba a la modernidad era fundamentar el conocimiento de objetos naturales a partir de un procedimiento riguroso*. Resuelta del lado del materialismo la disputa ontológica, la relación entre el pensar y el ser no era ya más un problema de la ciencia sino de la filosofía. Tanto desde la epistemología racionalista como desde la empirista, la meta última de las Ciencias era construir teorías que mantuvieran una relación isomórfica con la realidad y sus manifestaciones. Sin entrar en de qué modo esto se consigue, si es que esto se consigue de algún modo, lo que cuenta es que se espera que la estructura de los juicios teóricos emitidos por los científicos se aproxime a la descripción verdadera de la realidad material que estudian. Esto no es sencillo en el caso de disciplinas que se ocupan de materia animada, más que de materia inanimada. Es el ser humano quien ha de producir los conocimientos válidos para explicar la producción de los conocimientos válidos. De ahí que las dicotomías *sujeto* frente a *objeto* y *mente* frente a *cuerpo*, cuestiones nucleares de la nascente disciplina, hayan continuado siéndolo hasta el presente, y nos ofrezcan un criterio para iniciar una Historia de la Psicología, por muy provisional que éste sea.

A partir de aquí, puede recurrirse, y se ha hecho, a la acumulación de historias parciales por especialidades (p.e. de la percepción, del aprendizaje, de la motivación, de la instrumentación, etc.). Puede recurrirse también a la acumulación de historias parciales por naciones o áreas lingüístico-políticas: el desarrollo de la “Psicología” en el mundo anglosajón, francófono, ruso-soviético, alemán, o de habla castellana han sido contenido habitual de esas historias. Los diferentes contextos facilitan *tempos* y *modos* disciplinares distintos, y ello pese a los indudables contactos y relaciones. Otros intentos, todavía más habituales, pretenden concretar el referente del discurso científico del psicólogo, proponiendo *soluciones principialistas*, que permitan organizar el relato en torno a lo que ha ido siendo generalmente considerado como el núcleo fuerte de lo psicológico (el alma, la mente, la conciencia, el inconsciente, la conducta, la actividad, la mente computacional), convirtiendo así las tradiciones de investigación en objetos de la narración. Tiene indudable gancho didáctico, puesto que el recurso a cualquiera de esos significantes *parece* facilitar, al hablar de Psicología, una potencialmente instantánea comprensión cómplice entre los interlocutores.

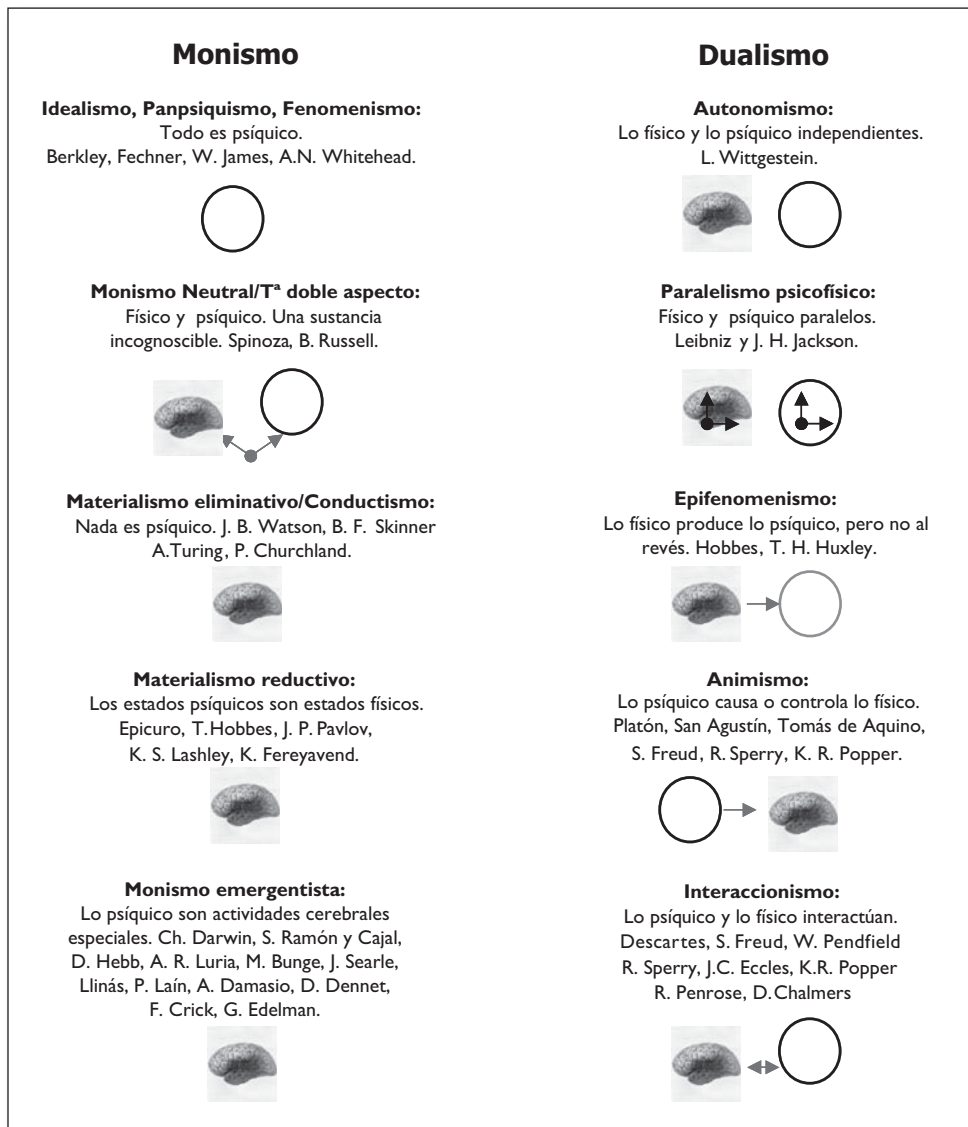


Figura 2.6. Principales concepciones sobre el problema mente-cerebro

Fuente: García, 2001, 277-278

Si exprimimos el razonamiento seguido, el problema nodal de la Psicología, en cuanto a su contenido, ha sido resolver la naturaleza de la mente: *Qué es, cómo funciona y se desarrolla*, y a través de que *método/s* podemos estudiarla. Tomando estas cuestiones como centrales podemos dibujar una figura en la que nos aparecen dos ejes ortogonales, con sus correspondientes soluciones. En el eje ontológico aparecen las respuestas materialistas e idealistas, y en el epistemológico la empirista y la racionalista. Entre ellas definen cuatro cuadrantes, en los que se pueden incluir, englobadas en opciones explicativas amplias, los principales grupos de teorías y prácticas que han ido definiendo, a veces simultánea y a veces sucesivamente, con sus propios eventos discursivos, la Psicología moderna.

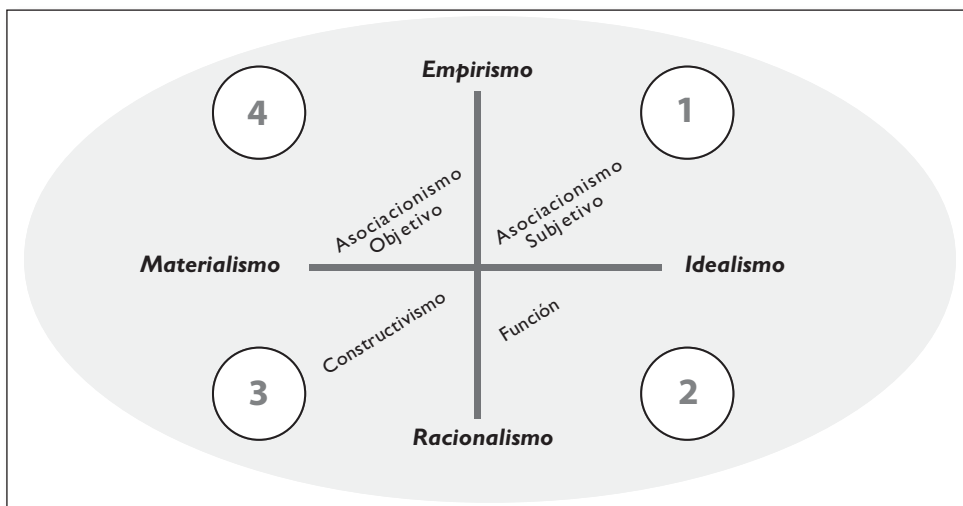


Figura 2.7. Principales orientaciones onto-epistemológicas

Girando en el sentido de las manecillas de un reloj, en el **cuadrante 4** lo único que existe son objetos naturales capaces de impresionar sensorialmente a organismos, materialmente constituidos, que han de adquirir del exterior toda la información relevante para su supervivencia. Una sencilla economía intelectual exige la eliminación de lo mental del vocabulario de la Psicología: sólo existe materia sobre materia y un organismo que en cada momento de su vida está mostrando el punto final de su desarrollo a través del comportamiento que es capaz de manifestar públicamente. Para un psicólogo que se defina empirista y materialista a la vez, la opción explicativa más atractiva, por la simplicidad del mecanismo, es el *asociacionismo objetivo*. Para explicar el progresivamente más estructurado y complejo comportamiento que cualquier organismo natural exhibe en relación con su ambiente material, el psicólogo ha de presuponer que dichos patrones conductuales no pueden ser más que el producto de sumar experiencias más simples. Las nociones de aprendizaje o hábito tendrán destacado protagonismo, junto a instrumentalidades como el condicionamiento.

En el **cuadrante 1**, el estandarte es el *asociacionismo subjetivo*. Ahora sí es posible introducir cualquier tipo de actividad espiritual, porque se admite la existencia de la mente con toda su carga ontológica, es decir, como constituida por ideas. De nuevo es la asociación principio explicativo básico, porque de algún modo hay que dar cuenta de la existencia de ideas complejas que provienen de la estimulación de distintos sistemas sensoriales. ¿Cómo podemos llegar a poseer la idea de naranja, si lo que realmente se nos presenta a los sentidos es el olor a azahar, la forma redondeada, el tacto rugoso, su color, o su sabor? Porque siempre vienen juntos, contestarán los asociacionistas a coro. Las diferentes posturas coinciden en afirmar, con respecto a la naturaleza de la subjetividad, que si existe es un epifenómeno, resultado pasivo de la presión que unos objetos materiales ejercen sobre otros especiales objetos/sujetos que disfrutan de la capacidad de sentir.

El innatismo es un principio lógicamente derivado de sostener las posiciones ontológico-epistemológicas del **cuadrante 2**. Para los defensores de esa postura la experiencia sensorial queda inhabilitada para producir conocimiento verdadero. La mente genera espontáneamente (activamente) las formas óptimas que hacen posible el conocimiento del mundo, asegurando la función adaptativa de los organismos.

Los diversos *constructivismos* (**cuadrante 3**) coinciden en defender una mente activa, también generadora de formas que posibilitan la captación y comprensión de la realidad que sobrevive a los

cambios que nos presentan los sentidos, pero que, a su vez, no es innata sino una construcción a partir de la materia. Aúna a todos aquellos que postulan cualquier forma de emergentismo psicológico, según el cual las propiedades de la materia, como la extensión y el movimiento, por ejemplo, pueden ser cualitativamente transformadas bajo determinadas condiciones, dando lugar a estructuras mentales capaces de manejar racionalmente a la misma materia de la que proceden. Se postula la mente como un activo instrumento al servicio de la adaptación de los organismos, pero al final del desarrollo bio-social, no al principio (dándole la vuelta al adagio cartesiano: existo luego pienso).

Siguiendo ese hilo conductor, *nuestra Introducción a una Historia de la Psicología Moderna* se articula en torno a las diversas soluciones que al problema de la mente han ido dando diferentes comunidades disciplinares en algunos espacios geográfico-político-lingüísticos, considerados, en forma consensuada, como relevantes para la actual definición de la disciplina en el mundo occidental.

